



www.loqueleo.com/co

El carnaval de los dioses

© Del texto: 2014, 2019 y 2024, Gabriel Arango Henao

© De la fotografía de cubierta: 2020, Duber Rosero Arboleda -
Filmazonia Wild

© De esta edición:

2025, Distribuidora y Editora Richmond S.A.S.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono +57 60 1 3906950

Bogotá – Colombia

www.loqueleo.com/co

ISBN: 978-628-7672-59-8

Impreso en Colombia

Impreso por Multi-impresos S.A.S.

Primera edición en Loqueleo Colombia: marzo de 2025

Dirección de arte de la colección:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Dirección editorial: Ximena Godoy

Edición: María Alejandra Roa

Corrección de estilo: Fredy Ordóñez

Diagramación: Alexandra Romero Cortina

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

El carnaval de los dioses

Gabriel Arango Henao

loqueleg

*A Narda, Marteja
y mis hijos Diana, David, Daniel y Santiago,
compañeros y cómplices en el viaje más bello
que nos hayan regalado los dioses:
la vida.*

Introducción

Regresar a casa

Viajar es un placer que parece ganar cada vez más adeptos. Muchos no solo recorremos distancias para descubrir nuevos lugares, sino que también nos detenemos en el camino. Parodiando la letra de un poema de Armando Tejada: “Forastero, no pases de largo por mi aldea. Ella no se puede ver con los ojos en ráfagas. Demórate en el vino, en la paz de mi gente, porque el amor nuestro es de pocas palabras...”.

9

También se dice con frecuencia que “lo mejor de viajar es volver a casa”. Pero ¿cuántos aplicamos esta frase en el prodigioso e inesperado viaje de la vida? En la mayoría de nosotros hay temor de que mañana el sol no salga para nosotros, de que llegue el día del regreso a nuestro origen, a la casa de todos, a nuestra madre tierra.

A lo largo de la historia, parece no haber existido una civilización que no se haya planteado la gran pregunta: ¿De dónde venimos? ¿Qué sigue después de este viaje? Las respuestas son infinitas, no solo por la cantidad de culturas que han habitado nuestro planeta, sino también

porque, más allá de las búsquedas colectivas, cada individuo emprende su búsqueda personal.

En numerosas ocasiones, las experiencias íntimas y personales han ofrecido respuestas a esa gran pregunta, y no pocas veces se han masificado hasta convertirse en religiones. Como sociedad contemporánea, tampoco hemos sido ajenos a esta búsqueda; sin embargo, nuestra forma más común de afrontarla parece ser negando el final del viaje, rechazando la idea de la muerte. Prueba de ello es un consumismo desbordado orientado hacia productos que nos prometen “vernos mejor”, lo que, en realidad, significa parecer más jóvenes y menos viejos. Interpretamos la vejez como una proximidad ineludible a la muerte, como si solo murieran los ancianos. Nos inculcan la negación a la muerte y un temor hacia la vejez que, en ocasiones, lleva a que nos comportemos de modo arrogante con los mayores.

Así, aunque seguimos haciendo la pregunta o incluso si encontramos la respuesta, no querríamos aceptar que parte de ella incluye la inevitable muerte. Si bien muchas búsquedas han encontrado respuestas en las religiones, también es cierto que, en su trasegar humano y en su absolutismo, algunas de ellas han ignorado la posibilidad de otras respuestas.

Invito a los lectores a emprender este viaje por las diversas culturas indígenas del continente americano. Sus registros y su memoria ancestral nos permiten suponer que fueron unas de las primeras en ocuparse de estas preguntas fundamentales en nuestro territorio. Hagamos

la travesía, no con un rigor antropológico, sino con una mirada desprevenida para explorar su cotidianidad con objetividad y comprensión.

Yo me adentré en sus aldeas, sus montañas, sus aguas, sus ritos, sus imágenes coloridas y sus cielos con dioses vigilantes. También lo hice para recrear sus temores, sus conflictos personales, familiares, sociales, es decir, los de cualquier ser humano. Me apoyé en las fuentes consultadas, las cuales registro en la bibliografía, y en algunas ocasiones en mis viajes personales. En este recorrido el asombro siempre estuvo al acecho, pero en alerta permanente para que primara el respeto y la empatía.

Desmitificar la muerte es una tarea que casi siempre se emprende en solitario. La historia del viajero y las historias que él nos comparte en este libro te pueden dar pistas. Si no, sigamos acogiendo nuestras inquietudes porque, como dice Mario Benedetti: “Después de todo, la muerte es solo un síntoma de que hubo vida”.

No podemos ignorar la muerte ni apartarla de nuestras reflexiones; por el contrario, implica tenerla presente en cada instante. Porque, con la muerte en mente, despertamos el sentido profundo de estar vivos.

Preámbulo

El viaje hacia los dioses

Alcé la mirada y vi la luna empecinada en ser protagonista de una tarde en la que el sol se resistía a partir. Parecía una vigilante acuciosa de la promesa que desde aquel momento me decidía a cumplir. Sentado cómodamente en el primero de los dos buses que me llevaría a mi destino, yo seguía admirando su luminosa imponencia sobre las montañas del oriente.

13

Mis manos encima del morral sentían plenamente la forma del viejo cuaderno que había recibido de mi padre pocos días antes de su muerte. Sorprendido, también escuché aquel día la historia de cómo el cuaderno había llegado a sus manos. Un taita del Putumayo, que lo había acompañado en la toma de yagé, había sido su dueño anterior. La tarde previa a la preparación del ritual, mi padre le había compartido al taita el desasosiego en el que se hallaba, según él, por no creer en ningún dios y no saber qué le esperaba después de su muerte.

“Por lo menos el que cree en un dios tiene resuelto su paso por la muerte. Yo, en cambio, no me he ocupado de eso; y tampoco me tranquiliza pensar que, tal vez

después de la muerte, todo sea la nada”, le dijo mi padre al taita.

El taita le sonrió comprensivo, abrió un cajón viejo y desempolvó un ajado cuaderno.

Recordé con claridad el relato que le hizo el taita, mientras mi padre ojeaba curioso las notas.

“Me recuerdas a mi hermano menor —le dijo el taita a mi padre—, porque similares inquietudes lo llevaron a viajar más allá de nuestros territorios para conocer, buscando entre mitos y narraciones antiguas de otras gentes muy lejanas, a otros que, como él, sentían la ausencia de los dioses en sus vidas.

”Mi padre, como muchos de nuestros ancestros, fue un taita itinerante que recorrió varias regiones y casi siempre lo hizo con mi hermano para que aprendiera sobre las medicinas de otras tierras. Pero él prefería indagar sobre sus dioses y sus ritos. Se preguntaba también por qué había tantos dioses en nuestras historias y por qué tantas fiestas para ellos. Decía que los dioses eran más fiesteros que nosotros.

”Después de que mi padre murió, mi hermano viajó a muchos lugares más allá de nuestros territorios. Regresó con historias fascinantes y hasta simpáticas. Compartió sus vivencias con un amigo blanco, y este le hizo una recopilación escrita de lo que vio y escuchó en cada una de las regiones que visitó. Cada vez que yo le preguntaba si había resuelto sus preguntas sonreía y me señalaba el cuaderno que siempre mantenía a la mano. Nunca me respondió de forma directa, pero yo lo veía cada vez

más tranquilo y empecinado en seguir recorriendo otras tierras. Antes de retomar sus andanzas me regaló sus valiosos escritos como una clara señal de querer seguir viajando por siempre”.

Algunas horas después de esta charla, mi padre empezó el ritual del yagé, pero sus ojos no se despegaran del lugar donde el taita había puesto el cuaderno. A partir de ese momento tuvo fuertes sensaciones de calores y náuseas. Me describió visiones multicolores y cielos estrellados; en este punto —me contó— no recordó nada más que lo conectara con lo que llamamos mundo real.

Cuando recuperó sus cinco sentidos se vio sentado en un destartalado campero, apretando el morral contra las rodillas y sintiendo con su mano, a través de la tela, el cuaderno del taita.

Nunca supo qué había pasado. Se pasó el resto de sus días leyendo muchas veces el cuaderno y haciendo conjeturas sobre la forma en que este había terminado en su poder. ¿Se lo habían regalado? ¿Lo había tomado en el trance del yagé, sin que se hubiera dado cuenta el taita? ¿El taita se lo echó en el morral?

Se prometió varias veces realizar de nuevo aquel largo viaje hasta el Putumayo para averiguarlo, aun con el riesgo de ser acusado de robo. Pero olvidaba la promesa cada vez que tomaba el cuaderno entre las manos y releía un pasaje.

Tras cada lectura, salía al balcón de la casa, escudriñaba un rato el cielo con sus ojos y luego caminaba

despacio hasta el parque del frente, donde se sentaba a dejar que los árboles centenarios custodiaran sus silencios. Regresaba y volvía a guardar el cuaderno en una funda de tela, como quien protege una piedra preciosa. Transcurrían muchos días y de repente recordaba el compromiso solo para repetir las mismas escenas, con una calma casi ritual.

La noche abrazaba el paisaje, pero dejaba ver su alma convertida en neblina y procuraba escurrirse cada vez que era sorprendida por las luces del bus.

Estábamos en el ascenso de una alta montaña. Regresé la mirada al morral y saqué el cuaderno con cuidado. Ya había dormido un rato y me sentía descansado. Tenía claro que, si quería leerlo completo antes de llegar al Putumayo, debía empezar pronto.

Lo tomé con cuidado. Encendí la luz de mi asiento y leí la dedicatoria: “A todos los dioses del mundo”. Me detuve en ella pensativo durante varios segundos, luego sonreí e inicié la lectura con curiosidad.

Abrazo en Jepira

Jinú estaba agachado y miraba con detenimiento a quien yacía sin vida en el piso. Al levantarse se cruzó con la penetrante mirada de aquel que por muchos años había esperado encontrarse.

Era su asesino o *matador*. El mismo que le había propinado tres tiros en el pecho hacía exactamente tres años y que ahora acababa de matar a Ipana, su hermano gemelo.

Jinú lo buscaba hacía mucho tiempo para entender por qué el alma del *matador* lo llevó a dispararle, pero su asesino no podía verlo ni oírlo.

Desde su muerte, Jinú pertenecía al mundo de *Jepira*, lugar donde descansaría hasta emprender el viaje definitivo a través de las estrellas y donde los dioses solo le permitían comunicarse con los vivos a través de los sueños.

En su vida solo había visto dos veces a aquel hombre: el día de su muerte y hoy, el día de la muerte de su hermano, quien seguía tirado en el piso, a unos cuantos metros de la ranchería.

Pero Jinú tenía ahora una preocupación más. La muerte de su hermano traería a la familia más gastos a

su menguado patrimonio en chivos, *chirrinchi* y tabacos para poder atender a todos los dolientes que llegarían a despedirlo. Seguramente iba a ser necesario mucho tiempo para que la familia recuperase su economía.

Eso significaba que la posibilidad de salir de *Jepira* y emprender su viaje definitivo sería aplazada. Solo podrá suceder una vez su familia le realice un segundo velorio, cuando desentierren sus huesos y deje de sentir el frío de la tierra para descansar en una tibia vasija de barro.

No sabe qué hacer. Tiene en frente al *matador* de su cuerpo y al ladrón de su esperanza. Se encontró con él sin odio alguno, porque en *Jepira* el odio no existe. Pero lo que hoy sucedió lo tiene perturbado.

Como no tenía otra alternativa, esperó, y en el sueño de medianoche se acercó al chinchorro de su *matador*. No iba solo. Lo acompañaban los cuatro chivos y los dos corderos que habían sido sacrificados en su velorio.

—¿Por qué me mataste? ¿Y por qué sigues asesinando gente sin compasión? —le preguntó Jinú.

El *matador* lo miró a los ojos y se fue a otros sueños sin respuesta alguna.

Entonces Jinú y sus seis acompañantes empezaron a dar giros y gritos incesantes alrededor de aquel chinchorro. Aquella algarabía duró toda la noche y fue tan estridente que, finalmente, el *matador* terminó por no escucharla. Tampoco escuchaba el crujir de la madera cediendo ante el peso del chinchorro, ni el balido de los chivos y las cabras en el corral. ¡Ni siquiera el susurro del viento!... Se había quedado sordo.